

El verdadero reto después de las urnas: volvemos a encontrar

Paola Muñoz Castrillón, Colombia, VII Edición

Tras las elecciones presidenciales en Colombia, pudimos evidenciar una realidad social que merece una reflexión que vaya más allá del resultado electoral. Hoy el país está llamado a ver con una mirada profunda el estado de nuestra democracia, pero, sobre todo, la manera en la que hemos aprendido a convivir con aquellos que piensan distinto. Nos lleva a recordar que somos un país diverso, con un sinfín de miradas para entender el presente e imaginar el futuro, y también, nos muestra nuestras grietas, miedos profundos y una facilidad para convertir las diferencias en distancias irreconciliables.

Las campañas electorales tuvieron una clara ausencia de debates públicos que permitieran el conocimiento claro de posturas ideológicas en áreas claves para Colombia, y por el contrario, presenciamos una confrontación permanente entre algunos candidatos, marcada por la descalificación, el señalamiento y la mirada de enemigo al adversario. Las redes sociales lograron amplificar aún más los extremos y los discursos de odio, simplificando los debates a consignas diseñadas para dividir.

La polarización no es simplemente contar con posturas políticas diferentes, de hecho, la diversidad de ideas hace parte de una democracia. El problema aparece cuando comenzamos a ver a quien vota diferente a mí como un enemigo, o cuando creemos que este representa una amenaza para el país. Es allí, donde convertimos la democracia en una batalla en la que hay que derrotar al otro, porque las campañas electorales y los gobiernos pasan, pero lo que permanece es la cultura política que estamos construyendo, y es justo eso, lo que hoy nos plantea un gran desafío.

Las elecciones nos recuerdan algo muy importante y es la responsabilidad pedagógica que tienen las campañas electorales. La manera en la que los candidatos hacen política termina moldeando la forma en la que los ciudadanos se relacionan entre sí. Cuando las campañas se sirven del miedo, el insulto o la desinformación, terminan legitimando esos mismos comportamientos en la sociedad. Por el contrario, cuando se promueve el debate ideológico, la evidencia histórica fundamentada, el respeto y la escucha activa, también se fortalece la cultura democrática en el país. Aunque, tal vez, las campañas no hicieron más que reflejar claramente algo que ya venía ocurriendo en nuestra vida cotidiana.

La responsabilidad política, no sólo hace parte de quienes aspiran a un cargo de representatividad, sino, también a quienes hacemos parte de la conversación pública. Como

ciudadanos, hemos ido normalizando comportamientos que hace algunos años habrían parecido inaceptables. Hemos aprendido a responder antes que a escuchar y a etiquetar al otro antes que a comprender su posición e incluso a asumir que quien piensa distinto necesariamente actúa de mala fe.

Nos encontramos hoy en un escenario en el que algunos celebran como si hubieran derrotado a la otra parte y los otros reaccionan como si el país ya no fuera suyo, posiciones que no nos ayudan a fortalecer nuestra democracia. Gobernar nunca debería entenderse como representar o administrar los intereses de quienes votaron a favor de un candidato, puesto que quien recibe el mandato, asume la responsabilidad de defender los intereses comunes de toda una nación, incluso de aquellos que no votaron por él. Esa es una de las premisas más importantes del liderazgo democrático, el convertirse en servidores de una ciudadanía plural y construir políticas pensadas en el bienestar colectivo.

Hemos olvidado que como colombianos compartimos más preocupaciones que diferencias. Más allá de las preferencias políticas, deseamos vivir en un país más seguro, con mejores oportunidades económicas, con empleo digno, con un sistema de salud que responda oportunamente, con instituciones confiables, con protección real de nuestra biodiversidad y con mayores oportunidades para las nuevas generaciones. En definitiva, estos son puntos de encuentro mucho más amplios que las disputas partidistas, que rara vez ocupan el centro del debate.

Y es justo ahí donde quizá debemos comenzar el siguiente capítulo de nuestra democracia.

Conciliar no significa renunciar a nuestras convicciones, ni construir un país sin oposición o sin debate. Significa recuperar consensos básicos en asuntos fundamentales sobre los que se puedan construir acuerdos nacionales, capaces de trascender los calendarios electorales y las identidades partidistas.

Necesitamos recuperar la conversación pública con argumentos y no con ataques personales, con evidencia y no con rumores que generen miedo, donde el desacuerdo no implique la enemistad y donde la política vuelva a entenderse como una herramienta para resolver problemas colectivos y no para profundizar más divisiones. Necesitamos ciudadanos dispuestos a escuchar antes de responder y que puedan reconocer que nadie posee, por sí solo, todas las respuestas que requiere un país tan complejo como lo es Colombia.

Las elecciones finalizan el día del escrutinio, pero la democracia, en cambio, continúa todos los días, cuando aceptamos el resultado sin renunciar al derecho de ejercer control ciudadano. Reconstruir la confianza, fortalecer las instituciones y recordar que criticar no es destruir y gobernar no es excluir. Al terminar la discusión, seguiremos compartiendo el mismo territorio, los mismos desafíos y, ojalá, la misma esperanza.

Quizás, ese sea el aprendizaje más grande que nos dejan las pasadas elecciones. Colombia necesita menos trincheras y más puentes, menos discursos contruidos sobre el miedo y más conversaciones capaces de reconocer aquello que nos une, porque las diferencias seguirán existiendo, como es normal en una democracia viva. La cuestión aquí es descubrir si seremos o

no capaces de convertir esa diferencia en una fortaleza y no en una condena, determinada por quien tiene o no la razón.

El futuro de Colombia no dependerá únicamente del gobierno de turno, sino de nuestra capacidad de reconocernos como miembros de una misma comunidad política, en un país donde las diferencias no impidan avanzar hacia objetivos compartidos. La democracia no consiste en derrotar al otro, sino en aprender que el respeto, la deliberación y la búsqueda del bien común son mucho más importantes que cualquier victoria electoral.